

LA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DE OTRA IGLESIA POSIBLE

P. José María
Arnaiz, SM

Resumen:

La Vida Consagrada puede y debe jugarse por otro modo de ser Iglesia. Esa tarea para el Papa y muchos creyentes es urgente. Es posible salir de esta crisis, verdadero “invierno eclesial” y llegar a una primavera inesperada.

Un nuevo modo de ser Iglesia supone que todos sus integrantes procedan como una Iglesia sinodal, profética, esperanzadora y centrada en Jesucristo. El alto precio a pagar por ese paso es diagnosticar y solidarizar para actuar. Revivir la experiencia y la reflexión que se hizo en Medellín ahora es el mejor camino para llegar a esa alta meta.

“Otro Chile es posible” es el nombre de una Fundación de la que me toca ser presidente y que me ha dejado con un esquema mental que quiero aplicar a esta reflexión que lleva por título: “La Vida Consagrada al servicio de otra Iglesia posible”. *Esa nueva forma de ser Iglesia corresponde a una Iglesia sinodal, profética, esperanzadora y convertida a Jesucristo. Voy a entregar elementos y pistas de reflexión, herramien-*

* Religioso marianista. Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en la Compañía de María y en la animación de la Vida Religiosa en Argentina y Chile. Fue Secretario General de la Unión de Superiores Generales; es asesor internacional de muchas comunidades religiosas, como predicador de retiros, facilitador de capítulos generales y conferencista, dentro y fuera de su país y del Continente. Teólogo, escritor, director de la Revista Testimonio. Asesor para América Latina de la Editorial PPC. Es Provincial de su comunidad en Chile, donde además ha sido inspirador de una experiencia de comunidad que facilita la presencia carismática de los laicos. Hace parte del Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia de la CLAR, ETAP desde el 2007; ha animado la Comisión de Carisma y Laicado.

tas y sugerencias para motivar la puesta en marcha de un proceso y así aportar a una renovación de la Iglesia que sea cada vez más evangélica y evangelizadora; una Iglesia que fija los ojos en Jesús y en su Evangelio con la convicción de que tiene que hacerse cargo de los pobres.

La VC es parte de la crisis de la Iglesia y tiene conciencia que le corresponde un aporte especial y significativo para enfrentar esta situación como lo ha hecho muchas veces en su historia. Usando una metáfora podemos destacar el especial rol de las/os religiosas/os en este momento ya que somos: “la quilla” de la Iglesia (Pablo VI). Como tal, si sigo usando imágenes, puedo afirmar con el Papa Francisco, que encontraremos en las heridas de la misma y del mundo la fuerza de la Resurrección. De esta situación no se sale con reproche y condena; se supera con una clara opción por la vida. Es bueno no disimular ni esconder nuestras llagas. “Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las llagas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas. *Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, sino que pone allí al único que*

puede sanar sus heridas y tiene nombre: Jesucristo” (Francisco, Disc. Sacerdotes, diáconos, religiosos y seminaristas de Chile, 16 de enero de 2018).

La actual crisis de la Iglesia para algunos no tiene precedentes; es muy profunda. Expresan su sentir diciendo que estamos viviendo un “largo invierno eclesial”; es un acontecimiento de gran magnitud. Ha producido y produce mucho dolor, desconcierto, indignación, perplejidad y por supuesto, en algunos casos, alejamiento de la comunidad cristiana. No son pocos los que piensan que detrás de esta crisis, hay otra crisis más profunda, que tiene que ver con el mal proceder de obispos, sacerdotes y religiosos en tres dimensiones fuertes, del ser humano: el tener, el poder y el gozar de una manera especial de la tendencia sexual.

No son muchos, pero sí unos cuantos, los que creemos que esta crisis tiene salida; es una oportunidad y podemos llegar a una profunda reconstrucción de la Iglesia que soñamos, esperamos y por la que luchamos. En mi caso, cada vez es mayor la convicción de que el problema es suficientemente grave como para pensar

que tenemos que crear algo verdaderamente nuevo; y esto nuevo es posible, más aún, tiene la categoría de indispensable. Nuestra propuesta parte de lo que funciona, de descubrir lo mejor que hay en la Iglesia, de imaginar lo que puede ser, de construir lo que debería ser y de innovar lo que será.

En los momentos de refundación de las instituciones nunca es bueno impacientarse, desesperarse y cambiar nuestras opciones y decisiones más profundas. No hay duda que nos vamos a seguir encontrando con partidarios y detractores de la renovación eclesial colegiada. Ahora más que nunca es necesario mantener la calma y perseverar. En los tiempos de crisis, se requiere estar unidos y reunidos y avanzar con los demás; es también, el momento de hacernos responsables de los más frágiles. No hay duda que los cambios que se necesitan son tan grandes que tomarán años en darse. En muchos casos se trata de volver a empezar de nuevo y estamos necesitados de un renacer profético.

Este tema es muy amplio y me han pedido un artículo de 15.000 caracteres, por lo mismo, me *contentaré con describir cómo tiene*

que ser esa otra Iglesia posible. No entraré a analizar las causas por las que hemos llegado a la actual situación. De todas formas, quiero enumerar las que he podido advertir en la Iglesia cercana, la de Chile. Creo que en esta situación estamos en una realidad de abusos de conciencia, de poder y sexuales por parte de sacerdotes y consagrados; dado al deficiente liderazgo de la jerarquía que se centró en sí misma; por el debilitamiento de la fe, debido sobre todo, a una desencuentro y desvinculación de la cultura actual y de la presentación del Evangelio.

No se ha logrado estar abiertos a discernir los signos de los tiempos como el camino ideal para interpretar las necesidades humanas, sociopolíticas, éticas, religiosas y espirituales de los cristianos. En una palabra, se pasó de una pastoral que entendía la promoción humana integrada con la evangelización, a un ejercicio de poder que distanció a la jerarquía de los cristianos más conscientes. Así se cae, en la tentación de ofrecer las respuestas de ayer a los interrogantes de hoy. Tampoco desarrollaré en este artículo el proceso y el cómo proceder para llegar a la meta. Centraremos nuestra atención en

el “producto”, en la descripción de esta Iglesia posible. Al hacer esta propuesta parto de lo que uno sueña para la Iglesia de Chile y sobre todo, de lo que sueña el Papa Francisco: *“Exhorto a todo el Santo Pueblo fiel de Dios que vive en Chile a no tener miedo de involucrarse y caminar impulsado por el Espíritu en la búsqueda de una Iglesia cada día más sinodal, profética y esperanzadora; menos abusiva porque sabe poner a Jesús en el centro, en el hambriento, en el preso, en el migrante, en el abusado”* (Francisco Carta pueblo de Chile, mayo de 2018).

1. Una Iglesia sinodal

Es una Iglesia en la que todos se animan a decir “lo que piensan y sienten”. Partiendo de una sana libertad cada uno se involucra en una Iglesia con aire sinodal. En esa Iglesia no existen cristianos de primera, segunda o tercera categoría; en la de ahora sí existen. En ella la participación activa no es cuestión de concesiones de buena voluntad sino que es constitutiva de la naturaleza eclesial. No se puede pensar el futuro sin esta operación activa de todos los integrantes de la Iglesia. Es urgente renovar las formas de participación. En la ya citada carta

dirigida al Pueblo de Dios de Chile la propuesta del Papa es fuerte: *“Insto a todos los cristianos a no tener miedo de ser protagonistas de la transformación que hoy se reclama en la Iglesia y a impulsar y promover alternativas creativas en la búsqueda cotidiana de una Iglesia que quiere cada día poner lo importante en el centro... La renovación en la jerarquía eclesial por sí misma no genera la transformación a la que el Espíritu Santo nos impulsa. Se nos exige promover conjuntamente una transformación eclesial que nos involucre a todos”* (idem).

En una Iglesia sinodal se tiene que recuperar su importancia en el “ver” y en el “escuchar”. Con alguna frecuencia en la Iglesia se ha escuchado poco, por eso se ha discernido mal y decidido peor. El liderazgo es piramidal, muy centralizado y centralizador. Por tanto, no hemos tomado conciencia de la auténtica realidad de lo que pasa. Esta doble actitud ha llevado a los responsables de la Iglesia al encubrimiento en el delicado tema y realidad de la cultura del abuso. Lo opuesto a esa cultura del abuso es la cultura del cuidado, que tiene que impregnar las formas de relacionarnos, de rezar, de pensar y de vivir. Como Iglesia

se trata de buscar con humildad todos los actores que configuren las realidades sociales, promover instancias de diálogo y de constructiva confrontación. La Iglesia debe ser, sobre todo, una comunidad de hermanos y hermanas. Si la Iglesia pierde a las mujeres en su dimensión total y real, el riesgo de la esterilidad eclesial, para el Papa Francisco, es seguro.

Confirmando con un aporte importante del Papa Pablo VI. “Quisiera hacer *una breve referencia a la pastoral popular* que se vive en muchas de vuestras comunidades ya que es un tesoro invaluable y auténtica escuela donde aprender a escuchar el corazón de nuestro pueblo y en el mismo acto el corazón de Dios. En mi experiencia como pastor aprendí a descubrir que la pastoral popular es uno de los pocos espacios donde el Pueblo de Dios es soberano de la influencia de ese clericalismo que busca siempre controlar y frenar la unción de Dios sobre su pueblo. Aprender de la piedad popular es aprender a entablar un nuevo tipo de relación, de escucha y de espiritualidad que exige mucho respeto y no se presta a lecturas rápidas y simplistas, pues la piedad popular refleja una sed de Dios que solamente los pobres

y los sencillos pueden conocer (EN 48). Ser “Iglesia en salida” es también dejarse ayudar e interpelar. No nos olvidemos de que «el viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3,8)” (Francisco Carta al Pueblo de Chile).

Sin duda, es necesario hacer importantes cambios en las estructuras de poder, facilitando la participación de los integrantes de las comunidades cristianas en la forma de elegir a los obispos y al Papa. En su visita a Chile el Papa nos dijo que “los laicos no son nuestros peones, ni nuestros empleados. No tienen que repetir como loros lo que les decimos”. Se deben evitar las actitudes condenatorias, agresivas, excluyentes o autoritarias con quienes piensan diferente. Ha llegado el momento de *resituarse en el culto, en el gobierno, en la acción caritativa y en la misión de la Iglesia a los laicos y las mujeres*. No dudemos de que juntos vamos a ser más y hacer todo mejor. Hay que eliminar el clericalismo que ha hecho tanto mal y para ello hay que introducir la dinámica del diálogo y del discernimiento comunitario.

En una palabra, se trata de vivir y actuar todos en la Iglesia como miembros del Pueblo de Dios estrechamente vinculados a los otros sabiendo entregar las cualidades y dones recibidos de Dios y acogiendo las cualidades y dones de los demás para juntos transformar la realidad en la dirección del Reino de Dios. Así se llega a una indispensable comunión eclesial, a veces opacada por optar por un “creer pero sin pertenecer”. El mismo Sínodo de obispos debe transformarse cada vez más en instrumento privilegiado del pueblo de Dios. Esta es una buena meta que ha fijado el Papa en su reciente documento sobre el futuro de este instrumento de gobierno de una Iglesia más sinodal, que debe estar muy atento a la palabra de los fieles, a aquellos/as hombres y mujeres que les corresponde ser incluidos/as de manera activa en la marcha de la Iglesia.

2. Una Iglesia profética

Esta Iglesia tiene que tomar conciencia de que está “herida por el pecado, misericordiosa por su Señor y debe ser convertida en profética por vocación” (Francis-

co, Disc. Visita a Chile 16, 2018). Ello reclama de toda una mística de los ojos abiertos, cuestionadora y no adormecida, con un proceder reformador y no revolucionario. Una Iglesia así no se deja robar la luz y la fuerza de la unción del Espíritu (Francisco EG 96).

Construir una Iglesia profética tiene como misión y tarea “poner en el centro lo importante: el servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, en el migrante, en el abusado... Queremos pasar de un Iglesia centrada en sí misma, abatida y desolada por sus pecados, a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado” (Francisco a los Obispos Chilenos en el Vaticano, abril 2018). *Una Iglesia profética necesita hacer realidad una irrupción de los pobres y con ellos una fuerte irrupción de Dios.* Al pecado estructural de los pobres se contrapone la nueva conciencia de que en los pobres y marginados se revela de manera eminente el rostro de Dios que urge a la Iglesia a una liberación histórica integral. Una Iglesia profética implica activamente a sus integrantes en los procesos de transformación. Los pone en movimiento.

El proceder eclesial al tenerse que ejercer en una nueva era histórica, como señaló Medellín, *exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar y en toda calidad profética*. Hay un auténtico clamor de la humanidad en este mundo desconcertante en el que no faltan voces que nos llevan al caos y en el que cuesta descubrir los “diseños de Dios”. El auténtico profeta del clamor de la humanidad descubre en cada persona el amor.

Estamos necesitados de una nueva evangelización que llegue a las masas y también a las elites y proponga una fe lúcida y comprometida. Así se transformará América Latina y se evitará la “violencia institucionalizada”. Eso lo consigue una nueva forma de ser Iglesia, *una Iglesia pobre y para los pobres* y comprometida con las necesidades de los seres humanos. “*La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*” (Benedicto XVI, discurso inaugural Aparecida).

Esta fue ya la gran opción de Medellín (1968) que apoyada y orientada por la teología de la

liberación tomó peso y se consolidó en dicho encuentro posteriormente. Todo esto, a su vez, fue resistido por sectores conservadores de Iglesia desde la primera hora. Ellos se opusieron a Medellín y lo denunciaron; no quisieron oír lo que Dios nos quería decir en los acontecimientos históricos y no quisieron leer los signos de los tiempos de entonces y de ahora, como con tanta fuerza invitó a hacer el Card. Pironio. Esos retos de hace medio siglo siguen vigentes en la Iglesia. Ese es el corazón y el gran desafío de una Iglesia profética a la que hizo y hace tanto bien el ver la realidad, el discernirla, el proceder y pasar a la acción para cambiarla.

Estamos urgidos de un auténtico renacer profético. La disminución de la fuerza profética evita que la Iglesia se renueve y vitalice. Por el contrario del renacer profético brotará la también auténtica nueva forma de ser Iglesia. Quienes se sumen a ese renacer no tendrán problema en reconocer, valorar, compartir, enriquecer y de esa manera fortalecer los vínculos y de esa manera llegar a ser un signo profético y transformador de nuestros países, nuestras instituciones y, sobre todo, nuestras personas.

3. Una Iglesia esperanzadora

Una Iglesia sinodal y profética no se encierra en esquemas, modalidades, estructuras fijas o caducas. Lejos de resignarse a “bajar la guardia” ante los acontecimientos sabe que el Espíritu actúa, procede y está continuamente en movimiento para ensanchar las miradas estrechas, hacer soñar al que perdió la esperanza e invitar siempre a la renovación y a la conversión.

Solo así, lograremos que nos llegue la audacia y la lucidez que nos permitirán apasionarnos por lo nuevo y hacerlo vida. “Hoy somos retados a mirar de frente, asumir y sufrir el conflicto y así poder resolverlo en el eslabón de un nuevo caminar” (EG 227). Con Juan XXIII afirmamos: “*Creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y para la humanidad*” (Humanae salutis, 4).

Por supuesto, una Iglesia esperanzadora tiene que comenzar por ser una Iglesia esperanzada. Nadie da lo que no tiene y no es fácil tener esperanza. ¡Qué distinto es el decir y el actuar de una

Iglesia esperanzada del de una Iglesia pesimista, sin fuerzas, sin ganas de un futuro mejor y sin la gracia de la resurrección; de una Iglesia centrada en una acción salvadora y no fundamentalmente condenatoria y que sabe pasar de la muerte a la vida y de la pasión y muerte a la resurrección!

Es fácil percibir que el descontento y la indignación que se ha producido en el ánimo y en el ambiente eclesial, manifestado de diversas maneras, puede ser una potente señal de disposición para comprometernos en un radical y sincero proceso de conversión y de revitalización.

4. Una Iglesia convertida a Jesucristo

Del Papa Francisco es el pensamiento que “cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual”. Volver a Jesús lo es todo.

Cuando se da esa conversión la comunidad cristiana queda constituida por hombres y mujeres

que reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre ya que han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS 1). Cuando esto ocurre se hace de la historia un lugar teológico y una oportunidad de búsqueda y encuentro con Dios. Los hechos históricos se transforman en signos de los tiempos. Se identifica a Cristo en los pobres.

Y así convertida a Jesús liberador y Señor de la historia puede tener un plan para la historia: *satisfacer las aspiraciones de los seres humanos con una solidaridad fraternal*. La Iglesia debe hacer inolvidable a Jesús con su manera de vivir. Irradiarle.

Una Iglesia convertida a Jesucristo fija los ojos y el oído en Él. Como el poeta nos recuerda “el ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve”. La mirada del creyente, de la Iglesia en Jesús es contemplativa y agradecida de aquél que en su corazón sabe de quién se ha fiado. Y la de Jesús en ella es una mirada llena de alegría y de paz, de fortaleza y verdad, y hace que la vida de

la Iglesia y del creyente rezume abundancia y plenitud. Aparecida dejó un lindo desafío a la Iglesia del continente: “Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor al llamarnos y elegirnos nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesús resucitado y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos de América Latina y del Caribe y a cada una de sus personas” (DA, 18).

No dudo de que la reflexión del Papa Francisco sobre esta propuesta de otra Iglesia posible entre los protagonistas están los “santos de la puerta de al lado” (Francisco, EG 6-9). Entre estos hay que incluir a muchos religiosos y religiosas. Ellos dan la vida por amor, en ellos el testimonio toma la palabra, saben llorar con los demás, buscan la justicia con hambre y sed, miran y actúan con misericordia (EG 76,79 y 82). Sus vidas permiten reconocer la fuerza actuante y operante del Espíritu Santo; potencian lo bueno y remedian lo equivocado. Así se hace posible una renovación y conversión eclesial que sea sana, una Iglesia que dé un testimonio evangélico indiscutible porque

sabe cambiar su modo de proceder y de transformar la realidad.

A las/os religiosas/os aplicaría de una manera privilegiada las palabras del Papa al Pueblo de Dios de Chile: “Con ustedes se podrán dar los pasos necesarios para una renovación y conversión eclesial que sea sana y a largo plazo. *Con ustedes se podrá generar la transformación necesaria que tanto se necesita. Sin ustedes no se puede hacer nada*”.

No podemos olvidar que en estos días y en este tiempo estamos haciendo memoria del Medellín de hace 50 años. *Allí surgió una nueva identidad de Iglesia en la historia de la fe cristiana y en nuestras tierras de América Latina*. Ello fue fruto de un verdadero encuentro entre la transformación social del Continente y la transformación eclesial del Concilio. Por eso el Card. J. Landázuri R., Presidente de la Asamblea, en el discurso final señalaba: “La conciencia profética que durante estos días se ha despertado y activado es un *nuevo alumbramiento*

de la Iglesia, un nuevo pentecostés para la Iglesia grande”. De este encuentro eclesial podemos aprender mucho para hacer posible una nueva forma de ser Iglesia. Medellín es un antes y un después para la vida de la Iglesia latinoamericana. Por supuesto, para Gustavo Gutiérrez, Medellín es la auténtica acta de nacimiento de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

Al invierno eclesial le debe llegar la “primavera inesperada”, expresión con la que algunos identifican el pontificado del Papa Francisco por sus nuevas y diversas propuestas. El 50 Aniversario de Medellín es momento oportuno para *armar una teología que genere y acompañe a otra Iglesia posible*. Teología, por lo demás, nacida de una doble convicción: No hay teología sin pastoral y no hay pastoral sin teología. Así llegaremos a una real conversión de las estructuras de nuestra actual institucionalidad eclesial. En este empeño creativo los religiosos somos indispensables e insustituibles”.